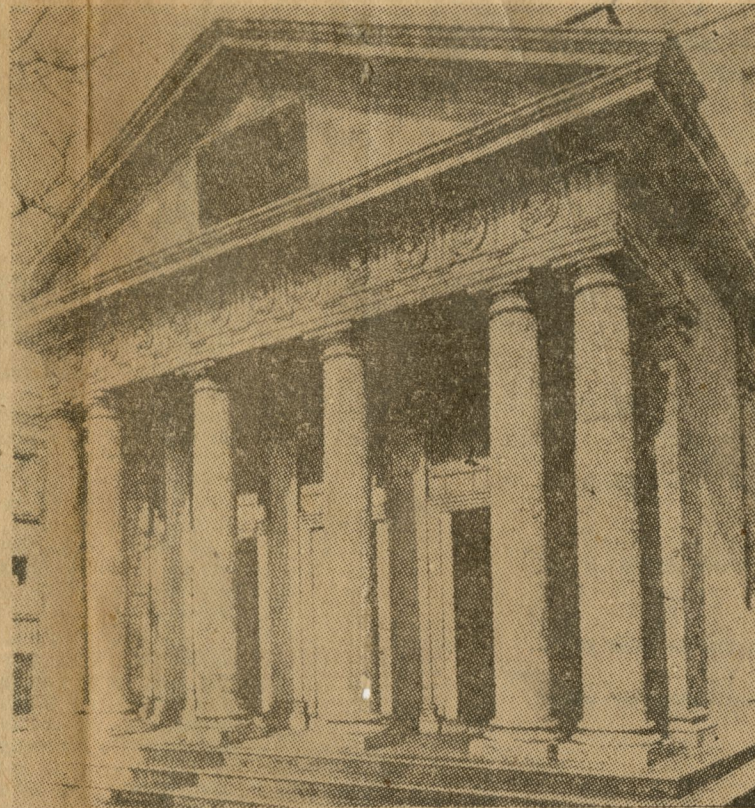


El Templete



na. Nada tiene pues de extraño que las fiestas de la inauguración tuviesen singular relieve. Duraron tres días y hubo cuanto se podía ofrecer para satisfacción y esparcimiento del pueblo. Músicas, fuegos, poesías, hasta una ascensión en globo por el aeronauta francés Eugene Robertson. También hubo la obligatoria misa solemne en la que ofició el obispo Espada. Y así, entre ceremonias religiosas, impresionismo militar y jolgorio popular el gobernador consiguió lo que quería: distraer la atención del pueblo de los graves acontecimientos que se desarrollaban en la América del Sur y dar a la corona la impresión de una colonia sumisa, alegre y feliz bajo su protectora administración, lo que a juzgar por los versos aparecidos y por los amarillentos periódicos de la época, no hay duda que consiguió el astuto gobernador. ¡Cuán lejos quedaba de todo esto el recuerdo de aquellos esforzados que, según la tradición, oyeron en ese mismo lugar su primera misa! Describiendo la ofrecida por el obispo Espada, escribe Mario Lescano Abella: «Esta vez se empleaba todo el fausto de la liturgia católica. Los asistentes no eran ahora aventureros audaces de pobre ropilla e indios simplicísimos de carnes desnudas. Eran los magnates de la colonia, los dueños de esclavos, los privilegiados de la factoría, los que doblaban la cerviz ante el altar de la divinidad...»

VICISITUDES

Siendo tal la verdadera finalidad de la solemne inauguración del Templete se comprende que el entusiasmo oficial por el monumento disminuyese posteriormente hasta el olvido que significó total abandono.

Así vive, entre la general indiferencia, hasta que un ciclón le infringe tan graves daños en 1844 que el Ayuntamiento ante los estragos —la virgen, de plomo, fue derribada y rota— se vió obligado a distraer su atención para dedicarla al monumento, ordenando las reparaciones. Un señor Francisco García se encargó del arreglo que no debió ser muy completo cuando en 1849 —cinco años tan sólo después— el Síndico Procurador General tuvo que llamar la atención acerca del edificio que se encontraba en estado deplorable no sólo por su antigüedad sino por no haber una persona que lo cuidase. Esta vez se gastan doscientos cincuenta pesos en la reparación. Dos años después, el Templete vuelve a la actualidad a causa del crecimiento de la ciudad que exige abrir entre el mismo y el castillo de la Fuerza la ampliación de la calle de O'Reilly.

Y ya, hasta el año 1892 el Templete no vuelve a merecer la atención del público. En ese año, con motivo del centenario del descubrimiento de América, el Cabildo ordenó que fuese pintado. Alguien protestó de la medida solicitando que, por el contrario, se quitasen las capas de cal con que anteriormente se habían recubierto las inscripciones, pero la mentalidad de los ediles no comprendió los razonamientos y una nueva capa de blanco vino a aumentar las que ya afeaban el monumento.

En el año 1903, por fin, se limpiaron las capas de cal, pero con tan mala fortuna que se quebró una de las lápidas —la que contenía la inscripción latina. Se hizo otra nueva y se «rectificaron» los errores que contenía, profanación que provocó más de una protesta airada.

Y ya el Templete descansa de sus muchas fatigas hasta el año 1927 en que por orden del alcalde Miguel Mariano Gómez, se le sometió a obras de reparación y embellecimiento, preparándole para celebrar dignamente su propio centenario, acontecimiento que se festejó al año siguiente, 1928.

EL PRESENTE

Desde entonces, el Templete había gozado del digno reposo que merecen sus vetustas piedras

hasta que, el año pasado, apareció en Cuba el condenado ciclón que, no contento con los muchos estragos ya causados, se volcó sobre el Templete y se ensañó con él.

Y nuevamente el monumento conoce de las manos laboriosas que se ocupan de curar sus heridas. Ha habido que sustituir la segunda línea, que era de madera, por cantería, igual que la estructura de la primera línea. El cantero de la ceiba, que era de concreto, se ha hecho de piedra. Las verjas exteriores, que estaban fuera de la verticalidad en la parte cercana a la ceiba, han sido reparadas también. Fueron impermeabilizados la azotea, los muros del fondo y los de los costados. Hubo que reparar los gastados escalones y los pisos interiores.

Felizmente, esta ocasión ha sido aprovechada para un mejoramiento efectivo del monumento. (Pasa a la Pág. 17)



Esta es la modesta pilastra que mandó levantar el gobernador Cagigay en recuerdo de la antigua ceiba o en señal de recordamiento por su desaparición.

El ciclón que en mala hora azotó las tierras cubanas hace un año no tuvo ciertamente un gesto de respeto para nuestros monumentos. Dígalo si no el viejo Templete que hubo de sufrir en su construcción desperfectos considerables que están siendo todavía reparados.

Esta circunstancia, la de las obras de reparación y rejuvenecimiento del vetusto y expresivo Templete, ha traído a nuestra memoria algunas de las páginas de su historia y nos ha inducido a recogerlas para nuestros lectores. No es corriente que se llenen cuartillas a propósito de nuestras viejas piedras. Aprovechemos por lo menos la actualización del Templete por estas obras que han llamado la atención de los transeúntes de la plaza de Armas para revivir su historia, siquiera sea lo muy someramente que el poco espacio y lo discreto del motivo nos consienten.

ANTECEDENTES

El antecesor lógico del Templete no fue un monumento. Por lo menos, no fue un monumento pétreo erigido por el hombre. Fue, en todo caso, un monumento erigido por la naturaleza a su propia exaltación. Fue una impresionante ceiba.

La tradición de que la primera misa que se celebró en la ciudad lo fue precisamente debajo de la ceiba no ha podido nunca ser confirmada. Los historiadores no pueden referirla sin reparos. Incluso alguno —como Manuel Pérez Beato— la niega rotundamente, consignando este hecho que desvirtúa la bella tradición: «Allí sí hubo una ceiba pero a la cual, en vez de veneración, le guardarían horror los vecinos de la villa porque en ella se azotaba a los que caían en pena por alguna causa...» Pero, ¡vaya usted a quitarle al pueblo lo que es del pueblo!... Y la tradición, indiscutiblemente le pertenece y hace bien en conservarla, que más vale lo bello incierto que lo feo confirmado y la historia no pierde gran cosa con lo que la ceiba pase por altar aun cuando hubiese sido en realidad cadalso...

También la desaparición de la ceiba deja sus dudas en el ánimo del estudioso que se acerca a su venerable memoria, puesto que mientras hay quien afirma que murió de muerte natural —esterilizada— hay también quien moja su pluma en sangre para acusar al gobernador Cagigay de su caprichosa destrucción. Pero, por lo menos, hay algo de cierto en las dos versiones y es en aquello en que ambas coinciden: que la ceiba precursora del Templete desapareció en el año 1753.

Culpable o no de este hecho, el gobernador pareció lamentarlo puesto que ordenó levantar en el lugar que había ocupado secularmente la ceiba un modesto monumento en forma de pilastra triangular. En una inscripción que se fijó en la pilastra se daba la versión oficial de la muerte: «FUNDOSE LA VILLA (OY CIUDAD) DE LA NUEVA HAVANA EL AÑO DE 1515 Y AL MUDARSE DE SU PRIMITIVO ASSENTO A LA RIVIERA DE ESTE PUERTO EL DE 1519 ES TRADICION QUE EN ESTE SITIO SE HALLO UNA FRONDOSA SEIBA BAXO DE LA CUAL SE CELEBRO LA PRIMERA MISA Y CABILDO: PERMANECIO HASTA EL DE 1753 QUE SE ESTERILISO...»

El pequeño monumento cumplió a conciencia la misión conmemorativa encomendada pero no fue sino a expensas de su integridad que logró resistir la prolongada intemperie. En efecto al despuntar el siglo XIX, en decir de los cronistas de la época, aparecía muy deteriorado, llegando a crearse un ambiente que en nuestros días hubiese cristalizado en la creación de un «Comité Pro Restauración del Monumento». Pero como aquellos

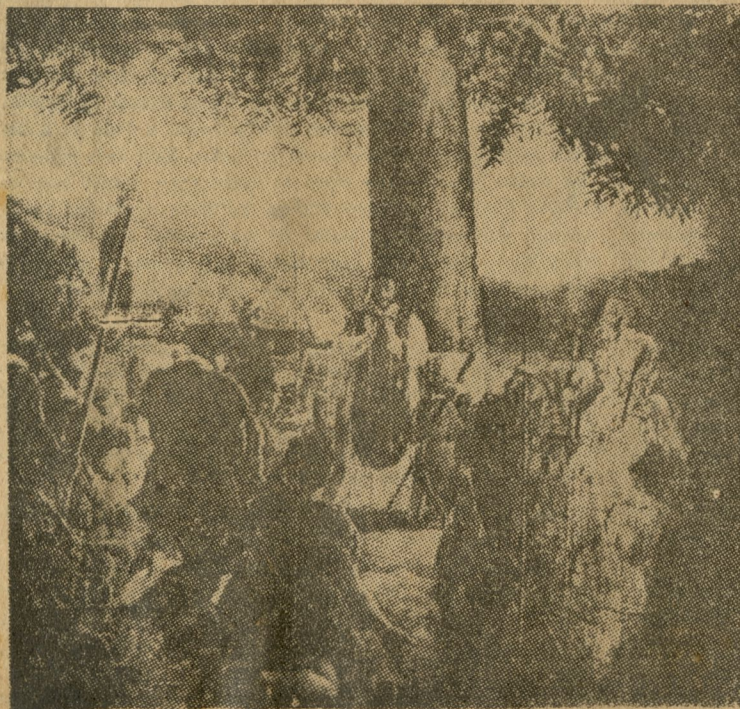
no eran estos tiempos la idea tuvo que ser recogida por el capitán general, que lo era don Dionisio Vives y quien encomendó los planes de restauración a don Antonio María de la Torre y Cárdenas, secretario del gobierno, buen ciudadano y amante de la ciudad.

EL TEMPLETE, NACE CON UN FIN POLITICO

Veintinueve mil pesos costó la edificación del Templete según los planes de don Antonio. Las obras se hicieron rápidamente. Se empezaron el veintinueve de noviembre de 1827 y se logró finalizarlas para el día 19 de marzo del año siguiente. El acto de la inauguración fue utilizado para fines políticos, haciéndole coincidir con el onomástico de la reina de España, buscando en la sensibilidad del pueblo una remota relación entre el recuerdo del establecimiento de la Habana y la real persona

Dudas y reparos ante una bella leyenda. — De cómo esa misma leyenda puede ser utilizada en el siglo XIX como instrumento político de un gobernador. — Las pobres vicisitudes de unas expresivas piedras. — El presente: el ciclón del año pasado; las obras de reparación; la próxima presentación al pueblo. — ¿Se acordará el Templete de su inauguración? ¿Sabrá apreciar el contraste entre aquella y esta generación.

por ENRIQUE PAGES



La primera misa que, según la tradición, se celebró en San Cristóbal de la Habana, con asistencia del adelantado Diego Velázquez. (Cuadro de Vermaut que se conserva en el Templete)

a

2

numento, obedeciendo a la lógica, a la historia y al buen gusto. Están lejos ya los tiempos en que unos ediles irresponsables podían ordenar el sepultamiento de una reliquia bajo una tan blanca como económica capa de cal. Las obras de reparación ahora efectuadas muestran un cuidado especial de que lo realizado mantenga la reliquia en su estado propio de antigüedad, sin rectificaciones innecesarias y sacrílegas.

Todavía, actualizado como está el monumento, parece que hay el proyecto de completar la reparación con la restauración de los cuadros interiores —de Vermay, el fundador de la Academia de San Alejandro—, de los que nadie se había ocupado desde el año 1860 en que Miguel Melero se encargó de la última restauración.

Y, para el día 16 de noviembre, festividad de San Cristóbal, se prepara, por el departamento de Urbanismo de nuestro Ayuntamiento, una serie de actos populares para enmarcar dignamente la presentación al pueblo de su restaurado Templo. Una vez más el monumento verá congregarse junto a él al pueblo en fiesta. ¿Se acordará de aquella primera vez en que una muchedumbre alegre festejaba su inauguración, ignorante de servir así los designios políticos del gobernador? ¿Sabrá apreciar el contraste con este pueblo consciente que al mirarle y festejarle sabe lo que hace y sabe también por qué lo hace?

El País, Sep 30/45



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA